





PRIMAVERA Y OTOÑO

Después de largos años
de triste duelo,
de esperanzas traidoras,
de sueños locos,
con sola una mirada
me abres el cielo.
¡Ya más que yo felices
habrá muy pocos!

Tu corazón responde,
ya despertado,
al fuego que en mi pecho
arde tan vivo;
pensé que no me amaras,
sér adorado,
¡Me amas! Tal ventura
casi concibo.

En mi alma entusiasta
un himno eleva
al amor la alegría
que me subyuga,
y olvido que en mis sienes
á tresbos nieva
y que la edad mi rostro,
ya mustio, arruga.

Sólo pienso en tus frescas,
puras mejillas;
sólo miro tus ojos
que me enloquecen;
sólo siento, embriagado,
que tus sencillas
gracias, todo mi cuerpo
rejuvenecen.

En mi otoño marchito,
tu primavera
amorosa sonríe

me conforta.
No es para mí la dicha
vana quimera:
á libar los placeres
todo me exhorta.
Ya brilla en mi existencia,
tan solitaria,
tan llena de negruras,
tan abatida,
el astro al que mis labios
tierna plegaría
mil veces dirigieron,
¡sol de mi vida!

Eres, bella adorada,
tú, la hechicera
que ha encantado el desierto
de mis dolores;
y ahora rosas descubro
por donde quiera,
y doquier cantar oigo
los ruiseñores.

¿Es cierto que me amas?
¿Es cierto, hermosa,
que compartir conmigo
quieres tu suerte?
¿No te espanta que acabo,
ya está mi fosa
abriendo, allá en lo oscuro,
la horrible muerte?

Borrando las distancias
que el tiempo imprime,
mi corazón y el tuyo
se han comprendido.
Mas ¡ay! que de los años
nadie se exime.

¡Gracias! Ha sido un sueño,
desvanecido.

Yo conozco las leyes
de la natura;
yo sé que el árbol viejo
no ofrece galas;
yo comprendo que el ave
busque la altura
cuando por vez primera
tiende sus alas.

Como siempre entre espinas
he caminado,
basta para mi gozo
sentirte amante;
sólo saber me basta
que me has amado,
que ambas almas se unieron
por un instante.

Tu vuelo, por el mundo
de los placeres,
despliega; la fortuna
ríndate un trono.
No importa que me oirides
si feliz eres;
como te adoro tanto,
te lo perdono.

Mas, si un día una pena
te causa enojos,
no viertas una lágrima,
ven á mi lado.
¡Llorarán, cuanto exijas,
por ti mis ojos;
al llanto estoy, ya ha tiempo,
acostumbrado.

JOSÉ DE SILES



UN TONTO DE CAPIROTE

Terminábase el tercer acto del famoso drama *Electra* en el Teatro Español.

Aun resonaban en la sala los aplausos de la concurrencia que aquella noche—lunes de moda—ocupaba el coliseo, cuando un amigo sumamente guasón entró en nuestro palco, acompañado de cierto jóven archi-cursi, y encarándose conmigo me dijo:

—¿No te prometí que en cuanto hubiera oportunidad te presentaría á mi amigo Canuto Chapuzón? Pues aquí le tienes.

Adelantóse el aludido joven, sonriendo como un idiota, y tras breve saludo que por lo ridículo me confirmó en la idea que de aquel tipo me habían dado, tomó Canuto asiento en el centro del palco, des de cuyo sitio podía exhibirnos perfectamente su llamante indumentaria.

Esta era, entre otras varias tonterías, el flaco de Chapuzón.

El entreacto transcurrió rápidamente para mí y para mis amigos, que se consagraron durante un cuarto de hora á ponerme de manifiesto las prendas de Chapuzón, no sin que éste se pusiera más colorado que un pimiento *murrongo* (como dice un cocinero, que es de Hormatorcida de Abajo).

—Fíjate, Juan, en esa corbata del amigo Canuto, —me dijo uno de mis compañeros. —¿La ves? Pues la fabricaron en París para el :olo.

—Sí, señor; me la compré en el *Petrón*, —dijo el interesado.

—¡Ah! ¿En el *Printemps*? ¿Es preciosa! —le dije yo.

—Pues tiene otra igual el nuevo Príncipe de Asturias, —añadió el engomado joven.

—Me alegro tanto, —repuse yo.

—Hombre; enséñele usted los calzoncillos á Zúñiga, —dijo otro de los amigos. —Cosa de más novedad no es imaginable.

—Con mucho gusto, —dijo Chapuzón.

Y poniendo la pierna sobre una silla

del palco, nos mostró unos calzoncillos tornasolados que producían mareos, y por puro recato no me enseñó la parte superior y posterior de la prenda; pero me aseguró que allí, como última palatza de la moda, llevaba estampado su retrato y algunos datos de su biografía.

—¿Qué tal? —me preguntaron los amigos.

—¡Soberbia prenda! —respondí todo asombrado.

—Pues, miro usted, —dijo Chapuzón, —me la compré en Londres á fin de octubre, cuando tuve que ir á un negocio de un tío mío que por parte de padre era hermano de leche de la reina Victoria (que en gloria esté).

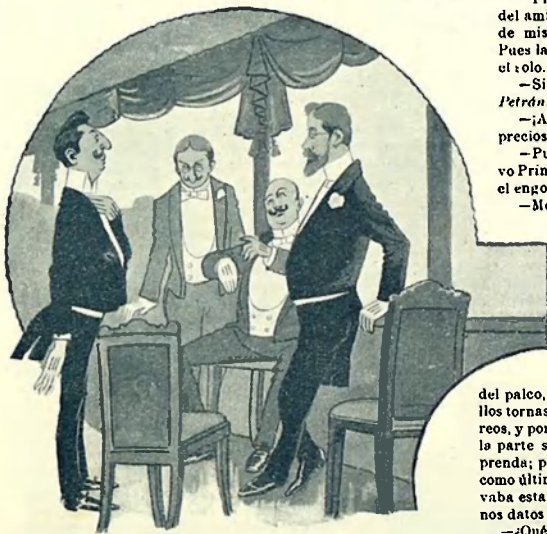
—Por muchos años.

—Por cierto que en aquella ocasión ¿cuánto dirán ustedes que llevé yo encima para el negocio inglés? ¡Veinte mil libras!

—¡Pues ya se necesita resistencia! —dijo uno.

—¡Buen exceso de peso pagaría usted; porque solo conceden treinta kilos en el ferrocarril!

—Me refiero, señores, á las libras esterlinas. Pues bien, le vi unos calzoncillos iguales al obispo de Escocia, yendo con él en coche por el paso de Calais, y á los cuatro días me había yo comprado seis docenas, ¡un dineral, amigos míos!



—¿De modo que usted no compra nada en España?—le pregunté.
—¡Oh, no! Todo está aquí *demodé*. Nuestras industrias van á remolque de las extranjeras. Por eso lo compro todo en el extranjero. ¿Ve usted ese sombrero? Pues es de Versalles. ¿Ve usted este bastón? Pues es de Berlin. ¿Ve usted este traje? Pues es de lana dulce. Yo me compro en Turquía las cafeteras rusas, en Rusia las toballas turcas, en Nápoles las corbatas escocesas y en Escocia las napolitanas de chocolate. En Roma me compré hace dos meses una americana y en América una romana.

—¿Una romana?

—Sí, para pesar. Fué un encargo de mis parientes los de San Baudilio de Llobregat.

—También ha vivido Chapuzón en Constantinopla,—añadió otro de los presentes.

—¡Ya lo creo!—dijo Canuto entusiasmado.—Viví enfrente de la Puerta Otomana; tan enfrente que estando abierta, se veía desde mi casa todo el valle de Andorra. Desde allí pasé á Cristiania.

—Allí habrá usted visto el célebre sol de media noche. ¿Quién no ha oído hablar del sol de media noche?

—¡Ah, sí! ¿El son de media noche?—preguntó Chapuzón sin haber entendido bien.—¡Ya lo creo! Por cierto que á tales horas resulta un son bastante desagradable... algo así como el antiguo canto de los serenos.

En esto, el famoso majadero, escamado de nuestras preguntas, observaciones y retenciones, dijo que le esperaban en la tertulia del general Peletier, que, según hemos averiguado, no era general, sino particular. Sacó el reloj, y después de decirnos que tenía para andar por casa uno igual al que lleva Mac Kinley á las solemnidades, se despidió de nosotros y salió del palco con el bastón agarrado por la contera y con unos guantes dorados á fuego, esmaltados de azul, que también procedían de París del gran bazarré de *La Libre*, como él suele decir.

Una vez fuera del teatro el gran Chapuzón, todos mis amigos querían contarme á la vez más hechos, más datos, más circunstancias rarísimas del ilustre necio y aseguró á ustedes que me dejaron maravillado, pues el tal, ni se había comprado nada en el extranjero, ni en sus viajes había pasado de Guadalajara. A la noche siguiente me le encontré en el Teatro Real. Tuve la desgracia de que me reconociera, y durante un entreacto me dió en el foyer un cigarrillo muy chico y una lata muy grande.

—¿Qué le pareció á usted el drama de Galdós?—me preguntó, retorciéndose las guías del bigote y poniéndose bizco para mirárselas.

—Hombre, me pareció bien,—le respondí.—¿Y á usted?

—A mí... regular. Aquí no saben hacer obras de esas. Para dramas, el que ví yo en San Petersburgo... creo que era original de un tal Moscou...

No quise oír más y le dejé solo en el foyer.

Luego supe que había dicho á varios amigos:

—¿Sabéis con quién estuve hablando anoche en el *foie-grás* del Real? Con Pérez Zúñiga.

Pero lo que no dió el muy tuno fué que me había pedido seis pesetas con muchísima reserva.

Me sorprendió el sablazo; pero ¡quién sabe sí, dada su manía por lo extranjero, lo hizo para ver siempre en mí, no un español, sino un *inglés*!

Tal es Canuto Chapuzón. Mis amigos querían que yo le sacase en letras de molde á la vergüenza pública, y con mucho gusto les complazco.

¿Verdad que el tipo lo merece?

¡Si no le pongo en solfa... revientó!



JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

(Dibujos de Rojas)



LA CASA DEL PESCADOR

El mismo poeta deo Juan Arceles

Blanca y bella es la casita
que le sirve de morada:
sobre la roca situada
y en la ribera del mar,
asemeja en lontananza
gaviota de alto plumaje
que cansada de su viaje
se detuvo á reposar.

Allí, la música inculca
que al destrozarse en la roca
despide la ingente boca
de esc elemento fatal,
la arrulla en noches eternas
cual majestuoso zumbido,
y el penetrante sibido
del fragoso vendabal.

De allí al despuntar el alba,
diariamente á sus labores,
y burlando los rigores
de la horrible inmensidad,
el pescador, mar adentro,
marchaba siempre animoso,
dando cara al temeroso
bramar de la tempestad.

Que mil veces y mil veces
impelido por el viento,
el proceloso elemento
surgió el ligero bajel;
salvando del marinero
con las hábiles maniobras,
los riesgos y las zozobras
con que le brindaba aquel.

Pero un día... ¡día aciago!
que cantando en la barquilla
alejóse de la orilla
el anciano pescador,
alzóse súbitamente
el huracán más funesto;
y á su golpe recio y presto
y á su bárbaro furor,

la liviana navicilla
ante la mar levantada,
quedó al punto destrozada;
y sin poder forcejar
contra la fiera borrasca,

se hundió en el abismo ignoto,
arrastrando á su piloto
encanecido en la mar!



¡Salio á pescar! ¡Cuánto dura
su navegación postrera!

¡Con qué ansiedad se le espera
en su casa al pescador!

—¡Quién sabe, acaso arribará!—

—¡Quizás pronto volverá!—

Y así están día tras día
con angustioso temor.

Y aunque del mar la braveza
y la violencia del viento
destruyeran un momento
aquel desdichado sér,
no pueden desengañarse
de la espantosa tardanza:
¡aun sueñan con la esperanza
de que han de volverle á ver!

¡Infelices! Y aquel resto
de la barca, que algún día
arrojó con saña impía
en el límpido arenal,
¿no os convence, si ello sólo
delataba claramente
la traición del indemente,
fiero piélago, letal?

¡Infelices! Ya no reina
en vuestra pobre morada,
aquella vida animada
de que gozábais ayer:
de las dichas ya pasadas
el bajel ha sido el nido,
y ¡al mismo tiempo se han ido
para nunca más volver!

Y la salvaje armonía
de las olas sucedientes,
y los rugidos ingentes
y el continuado silbar,
de arrulllos que fueron antes
se tornaron en injuria
con que deshace su furia
el embravecido mar.

Que sublevando en su seno
rebulló con son borrendo,
del navegante el tremendo,
insaciable vencedor;
y dos veces en la costa
explayando cada día,
¡parece que desafia
la casa del pescador!

VICTORIO DE ANASAGASTI



EN LA EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES

EXPOSICION NACIONAL DE BELLAS ARTES

Continuando nuestra reseña de los cuadros notables de la Exposición diremos que la crítica ha tenido mucho que alabar en las obras expuestas por el Sr. Mongrell, por su color vivo y joga-



Pedro Saenz: STELLA MATUTINA

so, su empeño de estudiar y su buena propensión al acusar líneas; dotes que se hacen visibles sobre todo en el cuadro *Desde mi estudio*.

La marina de Salvador Abril, *Ca-prondo*, tiene una belleza extraordinaria. «Mantiene en ella, perfeccionándolas, escribe el Sr. Alcán-tara, sus antiguas cualidades: la luz vivísima y plateada, el



José Mongrell: DESDE MI ESTUDIO



Francisco Rafael Segura: DIOS VISITANDO A LOS ENFERMOS



Salvador Abril: CAPEANDO

vigor varonil, que se sostiene aun en la expresión de los más brillantes aspectos del mar, y el sentimiento de la misma poesía de la naturaleza».

Acerca de la *Stella Matutina*, dice el Sr. Cánovas y Vallejo:

«Pedro Saenz es un artista malagueño, de quien sus paisanos tienen, y con razón, grandes esperanzas. Dotado de sensibilidad exquisita, persigue en la pintura, aun más que el *trazo*, que tantos destrozos produce en la gente joven, el ideal, y esto es ya plausible. Enamorado de las composiciones prerrafaelistas, fanático ardiente de la manera dulce de Bouguereau, practicando con éxito creciente el desnudo, presenta en esta Exposición varios notabilísimos trabajos. El más importante de ellos es el que intitula *Stella matutina*: la Virgen, teniendo en sus brazos el Niño Jesús, y rodeada de arcánge-

los que cantan. Hay en este lienzo mucha vaguedad, gran distinción, no poco de misticismo, y si, en conjunto, se resiente de frialdad, débese, sin duda, al deseo de iluminarlo todo á la pálida luz del amanecer. El fondo es muy armónico, y acompaña y sirve admirablemente á las figuras. Es cuadro, no obstante, que no llega á todos, porque el género de pintura á que pertenece, tanto para pintarla como para verla, requiere sentirse.

Celebradísimas han sido las marinas del Sr. Verdugo Landi. En *Las costas de Garraf* se ad-



R. Verdugo Landi: COSTA DE GARRAF



José Díez Panadés: MIRA, MIRA COM MENCHA

mira un excelente estudio de agua, en primer término de un verde turbio que va cambiando de tono hasta llegar á la línea del horizonte, donde adquiere un azul intenso. La gradación está muy bien observada y resulta exactamente la realidad, tal como se observa en nuestro Mediterráneo visto bajo el cielo de Sitjes. «Este pintor,—ha dicho un crítico que no peca de benévolo, sin embargo,—es de los que paso á paso van llegando: cada exposición está mejor.»

Todos los cuadros que presenta el Sr. Díez Panadés son agradabilísimos dentro de la nota dulce, gris, fina. *Mira, mira com mencha* y *Edad feliz* han sido, como suele decirse, *dos éxitos*, especialmente el segundo, en que el autor ha demostrado su conocimiento del dibujo en los dos desnudos de niños.

El Sr. Segura (D. J. Rafael) ha pintado un cuadro rico en color y notable por su feliz composición: *Dios visitando á los enfermos*. Las muchísimas dificultades acumuladas, tal como el estudio de caballos



José Díez Panadés: EDAD FELIZ



Acuarela de Constantino Gómez: LA PRAIRIA

y la distribución de los numerosos grupos están vencidas con acierto. En la sección de *Acuarelas*, muy notable por las obras de gran mérito que figuran en ella, llama con justicia la atención *La fragua* de Constantino Gómez. Y efectivamente, el autor ha logrado trasladar con suma perfección el efecto de la realidad, evitando, como haría á menudo suceder, el hacinamiento de personajes y el *eclipse* de la hoguera ante el cúmulo de los accesorios.



Luis Giménez: IDILIO



TEODORO GASCON

El orden de los factores no altera el producto. Con este axioma matemático, debo empezar, á guisa de preámbulo, la serie de perfiles cómicos, que me propongo escribir, de nuestros más conocidos dibujantes festivos.

Comienzo por Gascón como podía empezar por Cilla, Pons, Rojas Naudaró, Verdugo ó cualquier otro de nuestros caricaturistas de cartel; sin que el orden con que vayan apareciendo, signifique por mi parte, predilección de ningún género; porque dicho sea sinceramente, me sucede con estos señores lo mismo que con los cantantes y toreros de renombre: todos me parecen *primeros*.

En el mundo de la inteligencia es fácil cosa confundirse con el vulgo de las medianías: lo difícil, lo que pocos logran, tan trillados como están los campos de las letras y de las artes, es tener personalidad propia; y entre los caricaturistas españoles, nadie puede negar que Teodoro Gascón la ha conseguido. ¿Cómo? Cultivando el arte regional.

Gascón ha sido popular, porque ha sabido expresar con el lápiz y la pluma el modo de ser y de sentir del pueblo aragonés. Sus dibujos regionales no son caricaturas; son acabadas copias de escenas de la vida de un pueblo sencillo y honrado en el fondo, pero valiente y terco como pocos. Si se me permitiera el símil, —que á algunos parecerá con razón atrevido, —diría que Gascón es el Goya de la gente batuerra. No exagero. Talento eminentemente observador, ha copiado con inimitable gracejo en sus historietas y cuentos las agudezas y donaires de los matracos, creando un género que literariamente cultivan hoy con éxito, Blasco, Casañal, Celorrio, Victor Tomey, Melantuche y otros *maños* distinguidos, y que por medio del lápiz muchos dibujantes han imitado, sin que ninguno de ellos, usando de una frase de su tierra, le haya puesto la *garra* encima.

A pesar de tener Gascón los ojos azules, nació en Ojos Negros, humilde pueblo de la provincia de Teruel, y desde muy niño empezó á manifestar su vocación artística.

Las márgenes de los cartapacios y libros de estudio la tenía siempre llenas de monos, trazados con la inexperiencia propia de la edad, pero que revelaban su aptitud para el dibujo.

Castigado una vez por revoltoso, con la infamante cabeza de burro que, cuarenta años atrás, aun solían poner los domínies de las aldeas á los muchachos discolos ó desaplicados, Gascón se vengó del profesor trazando su caricatura en una plana de su cuaderno de escribir. Fué una enorme venganza; porque el travieso escolar retrató á su maestro, poniéndole á manera de apéndice, unas descomunales orejas de asno. Llegó el dibujo á manos del domíne, el que lejos de incomodarse, no pudo menos de reír la gracia, y por todo castigo le dijo cogiéndole de una oreja:



—Me has revelado tu vocación: tú serás veterinario.

En un tris estuvo que se cumpliera la profecía del maestro de primeras letras. No fué veterinario, pero fué farmacéutico. El padre de Gascón, que ejercía en Ojos Negros la profesión de médico titular,



deseaba que su hijo estudiase la carrera de medicina; pero el precoz muchacho, desoso de trasladarse á Madrid, donde le llamaba su vocación artística, optó por la de farmacia.

No desaprovechó los años que estuvo en la villa y corte, durante los cuales no fué gravoso á su familia. Lejos de eso, empleando el tiempo que le dejaban libre los estudios de su carrera científica, se dedicó al arte, y dibujando piedras litográficas, portadas de obras musicales y retratos, llegó á vivir exclusivamente de su trabajo.

Pero concluyó su carrera; sus padres se empeñaron en que la ejerciese, y para más obligarle

le proporcionaron en el pueblo de su nacimiento una botica. Gascón trocó entonces los lapices por los ceharros, y allá se fué á despachar recetas, donde, ya casado, hubiera vivido oscurecido como cualquier otro mortal, si su pasión por el arte no le hubiese obligado, contra la voluntad de su familia, á volver á sus antiguas aficiones. Entregado á ellas le encontraban sus parroquianos, dándose el caso que al pedirle unas pastillas de líquen, se las sirviera distraídamente de bermellón.

Momentos para las iglesias de aquellos contornos, estandartes, copias al óleo de imágenes religiosas, retratos al pastel, todo lo pintaba Gascón con asombro de los papanatas del pueblo, que maravillados de su habilidad llegaron á decirle:

—¡Pace mentira que haga usted estas cosas sin fuerza ni nada.

También pintó decoraciones para un teatrillo de aficionados. Por cierto que habiendo trazado en un bastidor unos árboles, uno de los baturros que sin duda presumía de sabihondo exclamó cómicamente:

—¡Moño! Qué patas tan largas tiene ese señorico!

Pero la afición culminante de Gascón era el dibujo cómico. En su laboratorio de farmacia, que había convertido en un estudio, dibujaba con natural gracejo monos que remitía á las revistas ilustradas de Madrid.

La Vida alegre, La Risa, y El Campo fueron las primeras donde se dió á conocer, habiendo contribuido no poco á su popularidad los saladísimos cuentos baturros que empezó á publicar más tarde en un semanario ilustrado de mucha circulación. Tal éxito le decidió á levantar la botica y establecerse en la corte, donde había sido llamado por el propietario de otro periódico no menos popular. Hizo bien; porque, desde entonces, su firma es indispensable en toda publicación ilustrada, y sin abusar de la hipóbole puedo decir que entre los dibujantes españoles es uno de los que más publico tienen. Hasta aquí el artista. Ahora un rasgo que retrata al hombre. Gascón es sencillo, franco y terco como buen aragonés; dice lo que siente y no se arrepiente nunca de que lo dice. Su carácter es jovial, sin que en su rostro se refleje la alegría.

Días atrás estuve en su casa y me lo encontré hondamente preocupado.

—¿Qué le sucede á usted?—le dije.

—Que he tenido dos desgracias,—me contestó lanzando un suspiro.

—¿Cuales?

—La primera que envié.

—¿Y la otra?

—¡Ah! La otra es mucho mayor. ¡me he vuelto á casar!



J. F. SANMARTÍN Y AGUIRRE



COSAS DE LA VIDA

La cartera de *** había pasado á manos de un nuevo ministro, por cuya causa se verificó el consiguiente cambio de personal en todos los negociados del ministerio. Exigencias de la política. ¡Los padres de la patria tienen que cumplir tantos compromisos!...

En el número de los cesantes, figuraba Pepe Rodríguez; hombre honrado á carta cabal, y fiel cumplidor de su deber. Pero como esos no son méritos suficientes para conservar un destino en las oficinas del Estado, Rodríguez fué á la calle. ¡Pobre Rodríguez! ¿Qué pena le daba tener que comunicar la fatal noticia á su mujer: á aquella mujer que era un modelo de esposas y de madres; que no pensaba más que en su marido y en su Manolín; un diablito de cuatro años, listo y travieso, con unos ojos muy negros y muy grandes, y unos pelos muy enroscados y muy rubios!

Apenas entró en casa Pepe, cuando Paulina le preguntó, con esa dulzura propia de las mujeres que aman:

—¿Qué te sucede? ¿Estás malo?



—No, —dijo él con tristeza.

—Como tienes esa cara tan...

—Figúrate: la cara del que trae la cesantía en el bolsillo.

Paulina, á quien estas palabras causaron una desagradable sorpresa, tuvo que hacer un esfuerzo para que las lágrimas no aromasen á sus ojos, y con disgusto, apartó de sí el bastidor

en que estaba bordando. Rodríguez se dejó caer en una butaca; apoyó los codos en las rodillas; fijó la cabeza en las manos, y hubo unos instantes de silencio.

Después entablaron el diálogo siguiente:

—¿Y no podrías por medio de recomendaciones...?

—¡Quiá! Es inútil.

—Pues, hijo, paciencia: ya conseguirás otro destino. En último caso, yo pediré labor en alguna tienda, y nos arreglaremos hasta que cambie la situación.

—¿Y si no cambia?

—¿No ha de cambiar? ¿Qué duda cabe! Además tu tienes muy buenos amigos.

—Sí, sí: fíate en los amigos.

—¡Hombre, Dios aprieta, pero no ahoga.

Rodríguez, á quien en medio de la desgracia servíale de consuelo la resignación de su esposa, dijo á Paulina cariñosamente:

—No hay más remedio que hacer economías: de modo que procura reducir todo lo posible nuestros gastos.

—Primero,—añadió ella,—pon en juego tus relaciones; y si ves, por ahora, la imposibilidad de conseguir algo, despediremos á la criada y nos mudaremos á otro cuarto más económico.

—Corriente: mañana mismo iré á ver al marqués de la Alameda. Es persona influyente; todo un caballero. Yo le he servido en varias ocasiones: tendrá interés en colocarme, y como el marqués se lo proponga lo consigo.

Transcurrieron seis meses; la familia Rodríguez habitaba un piso cuarto de la calle del Olivar; ella cosía para una tienda de la de Toledo; él continuaba cesante, y había perdido las esperanzas de obtener la credencial que el marqués le ofreció cuando Pepe le hizo la primera visita.

Tenía dos ó tres cartas suyas; pero al marqués no había vuelto á verle. ¡Era tan difícil encontrarle en casa!

Siempre que iba Rodríguez, le decía el criado, apoyándose en el marco de la puerta para prohibirle la entrada en el recibimiento:

—El señor ha salido.

Y Rodríguez ya no se atrevía á preguntar que hora era la más á propósito para poderle ver; porque lo hizo varias veces, y el criado le había respondido con indiferencia:

—El señor no tiene horas fijas.

Con motivo de haberse fundado en Madrid una nueva compañía de seguros, y de ser el director íntimo de Rodríguez, éste consiguió en dicha sociedad un destino de 3,000 pesetas que le permite vivir decorosamente.

Hace pocas noches Paulina y su marido salieron á hacer una visita, y se traron en el café de Madrid.

No hacía cinco minutos que estaban en el citado establecimiento, cuando del restaurant del mismo salió el marqués en compañía de una jamona que en tiempos fué camarera de un aguaducho del Prado.

El marqués y Rodríguez se saludaron de pasada, y Paulina preguntó á Pepe:

—¿Quiénes son esos señores tan elegantes?

—Pues, él el marqués de la Alameda: ella supongo que será su señora.

Y, ¡cosas de la vida! mientras Paulina y su esposo, sin otros comentarios, reanudaron la conversación anterior, el marqués con ese lenguaje que nuestra aristocracia copia de los sainetes de Apolo, decía á la noble dama procedente del grmío de aguadoras:

—¿Anda la diócesis! Ese es el palma que me daba la *latra* con el destino. Está á dos velas hace la mar de tiempo, y se viene al café con una *sociá*...

¡Pero que frescales son algunos *gachúls*!



(Dibujos de F. Verdugo)

DEUSEDIT



Sigüenza.

Pedra que me sube, cuanto hebre
 el rayo de la muerte mi pecho,
 en forma con mantones de el verde
 del calor de la esperanza tardora.
 No me va hacidos de amarga cosa
 frente a un cara pálida y tranguera.
 Como bengalas de una luz oscura
 y el brillo por un fin repite la guerra.
 No quisiera que me viera en un espejo
 en tanto que me miro en que me miro,
 un pobre pecho que el amor me da
 en un mar de la vida la congueta.
 17
 En el amor, rote por un frente
 en un mundo de la patria de cielo!

— Salvador Gualda

LLUVIA



Lluere queda, quedamente.

Empezaron los días atorrados, los días sin sol, las mañanas blancas por la nieve, las tardes oscuras arrebujadas en los pliegues de la ventisca. ¡Lluével! Desde mi balcón distingo un grupo de álamos sin hojas y sin nidos. Cabecean tristemente. Parecen viejos paralíticos, abandonados al borde del camino, postrados sin prole, desolados y olvidados. Sus brazos secos sacuden el agua con estremecimientos llenos de frío. Sollozan, se lamentan, suspiran por la primavera, la gentil enamorada, que con sus mimos hacía reverdecir el añoso tronco. Aquella que cantaba en las ramas y dormía en los nidos; que se bañaba en las fuentes con rias de alborada y dechaba en los zarzales su carne de flores; mariposa blanca, alondra cantora, juvenilla de luz, alma de aromas.

¡Ahora, queda, quedan ante lluevel!

Ha pasado mucho tiempo desde entonces y todavía siento la angustia de un invierno en la montaña gallega. ¡Fué aquel malhadado año del hambre en que los antes alegres y picarescos molinos del Sil y del Miño parecían haber enmudecido para siempre! Conservo viva la impresión del paraje, lo más austro, lo más anacóritico. ¡Verdadera tierra de lobos! ¡Es un recuerdo duro y frío como la nieve que coronaba la cresta de los montes! Qué invierno aquel! El sirio de la Iglesia se cubrió con sepulcrales nuevas; un lobo rat lozno bajaba todas las noches a la aldea y se le oía acilar desesperado. Al amanecer no turbaba la paz de los corrales ningún cantar madrugero, ni el sol calentaba los aterridos campos.

Los días se sucedían monótonos, amortajados en el sudario centenario de la lluvia, el viento soplaban áspero y frío, no traía caricias, no llevaba aromas, marchitaba la yerba; era un aliento emborajado. Algunas veces al caer la tarde se lo oía escondido en los pinares quejarse con voces del otro mundo. Los establos hallábanse vacíos, el hogar sin fuego, en la chimenea el traspaso moría de tedio. Por los resquicios del tejado filtrábase la lluvia maligna y torca empapando la negra tierra del suelo y la paja de los techos. ¡Qué invierno aquel! Aterrida, molada, tibia y temblona velaba el hambre acurrucada a la puerta del horno la herradura de siete clavos que la mano arrugada de la superstición popular clavara en el umbral de la choza. La vieja tirana de la aldea entrecrocaba muerta de frío las desdentadas mandibulas y tosía llamando al muerto eco del rincón calcinado, negro y frío.

¡La lluvia caía sin descanso un día y otro día queda, quedamente como cae ahora!

Desde mi balcón veo como desfilan legiones de nubes oscuras y lechosas. El cielo que sopla en ráfagas azota los cristales con furias epiépticas.

Las nubes van a congregarse en el horizonte, un horizonte de agua. El brasero brilla en el fondo apenas esclarecido de la estancia.

Allá fuera las campanas de un convento voltean anunciando el final de una novena. Se oye el rumor de los devotos que salen de la Iglesia en negros pelotones y echan presurosos por la calle que la lluvia ahorrillan.

El agua redoblando en los paraguas y el chapoteo de los pies en la acera contrastan con la nota tibia y sensual de las enaguas blancas que asoman bordeando los vestidos negros, como capumas que bordean sombrío oleaje de tempestad.

La noche se acerca. Enantando la oscuridad con vaga nota de poesía y de misterio, llegan desde un balcón cercano los arrullos de dos tórtolas que cuida una vieja estúpida, una silbota de bruja encorvada y burlona.

La vieja está detrás de los cristales, mira llorar y se sonríe.

¡La lluvia cae queda, quedamente!

R. DEL VALLE INCLAN

LAS FLORES DEL ALMENDRO

—¡Válgame Dios y como me estás dejando el almendro! ¡Sin una flor!
—Que empeño tiene usted, padre, en que no he de cortar ni una sola flor del almendro. Es lo único hermoso que hay en el huerto. ¿Por qué no he de gozar de ello?



—Escucha. Ese árbol es para mí algo así como un hijo. Yo lo planté, yo lo cuidé hasta conseguir que se hiciese grande y satisfecho de mi obra me gusta verlo cuajado de flores que á veces parecen enjambre de blancas mariposas y á veces copos de nieve. Quiero que esas flores sean mías. solo mías; el cariño es egoísta. Esas ramas que tú cortas diariamente son para regalárselas al señorito Fernando; lo se. El las conserva un día, el tiempo que tardan en marchitarse y después las arroja al arroyo, donde todas las pisan, donde se confunden con el lodo.

—Pero, padre...

—Vas á defender al señorito Fernando ¿verdad? No creas que soy tonto. Estoy enterado de vuestros amores que han de ser la desgracia de nosotros.

—¿Desgracia por qué?

—No comprendes, pobre niña, que hay una distancia considerable entre el señorito Fernando y tú. El es poderoso, tú pobre. Ten siempre presente que ni el sol puede alumbrar las oscuridades de la noche, ni el pobre arroyuelo puede ascender á la cumbre de la montaña.

—Fernando me ha dicho...

—Ádivino lo que te ha dicho: Que te quería mucho, que se casaría contigo. Te lo habrá jurado; mas las palabras, aun las más sagradas, son lanzadas al aire y en el aire se pierden. También te diría que las flores del almendro por lo hermosas se parecían á ti, que á él le agradaría conservarlas como amoroso recuerdo... y se cansa de ellas... y ¡yo lo he visto! las tira en mitad de la calle. ¡Para hombres así es la mujer una flor que desprecian cuando se marchita!

—¡Hay que dejarte con tus manías.

Y esto diciendo, Juana, la preciosa morena de negros ojos, se alejó de la huerta.

—¡Manías, manías!—murmuró Roque, el padre de Juana.

Y mirando al almendro y después á Juana que se marchaba cantando, exclamó:

—¡Yo os defenderé, si el ladrón da la cara!

—Sí, sí, ¡llora. ¡Buen remedio!

—Padre, máteme usted: lo merezco.

—Ya te dije...

—Lo se, padre. No hice caso de sus consejos. ¡Quería tanto á Fernando!

—Me abandonaste para marcharte con él... ¡me deshonraste!

—He sido mala, muy mala. Me dejé engañar. Pensé que aquel hombre era incapaz de mentir á quien tanto le quería. Perdóneme usted, padre: no pretendo que me admita en esta casa, solo pido su perdón. ¡Las mujeres como yo son indignas de habitar una casa honrada!

—¡Marcharte, cuando de nuevo te veo junto á mí! No, Juana, tú no te vas. Cuando Fernando arrojaba al arroyo las flores del almendro, que tú le regalabas, yo las recogía porque me hacía mucho daño al pensar que aquellas queridas flores por todos habían de ser pisoteadas. ¡Hoy te recojo á ti!

Y Roque abrazaba á Juana, que purificada por el arrepentimiento sonreía, y miraba regocijado al almendro que de nuevo se cubría de flores.

JOAQUIN AZNAR

BELLAS ARTES

Alguna vez hemos hablado de la Sociedad Internacional de Escultores, Pintores y Grabadores, de la cual forman parte eminentes artistas de todos los países y cuyas exposiciones se celebran cada año en una capital diferente: Bruselas, París, Londres, etcétera.

Todas las obras que figuran en esas exposiciones se recomiendan por el refinamiento de la ejecución y la originalidad del asunto, evitándose con el mayor cuidado los lugares comunes de la práctica artística, como de ello da prueba, por ejemplo, el cuadro de *Pelleas y Melisendra* de Gerardo Moira, hermosa interpretación de una de las escenas del famoso drama de Maeterlinck.

Sabido es que la ahijada de Carlomagno, esposa de D. Gaiferos, se hallaba presa de los moros en Zaragoza mientras su marido corría las juergas *hache* en París. Bien le avisa á éste Carlomagno el peligro que corre:

Melisendra está en Sansueña,
Vos en París descuidado:
Vos ausente y ella mujer;
Muerto os he dicho; miradlo.

Y sucedió lo que tenía que suceder: que un moro, convertido por Maeterlinck en cristiano, se enamora de Melisendra, y según contaba Maese Pedro al enseñar su retablo, «callandico y pasito á paso, puesto el dedo en la boca, se llega por las espaldas de Melisendra» y «le dá un beso en mitad de los labios.»

Caramente lo pagó, sin embargo, pues sabido es que el Rey Manilio le mandó dar doscientos azotes, en castigo.



PELLEAS Y MELISENDA, cuadro por A. de Moira

LA F
Según
del Imp
2.528,24
2.112,24
cluido
Charlot
berg, e

EL C
El reg
viles y
Franci
guiente
2.402 c
asiento
departa
solo cor
tomóvil

La sig
eficaz:
Tintu
de rom
di, ideo
ron, 10
LA POI

Los p
un resu
biación
timo.

La ci
terra y
928,616,
por cac

De lo
mascu
155,474
natura
Daru

PEPITORIA

LA POBLACION DE BERLIN

Según el último censo la capital del Imperio de Alemania encierra 2.528.242 habitantes, en vez de 2.112.540 del censo anterior. Van incluidos, sin embargo, las afueras, Charlottenburg, Risdorf, Icboneberg, etc.

EL CICLISMO EN FRANCIA

El registro oficial de los automóviles y motocicletas declarados en Francia el pasado año arroja las siguientes cifras: 11.252 motocicletas; 2.402 coches automóviles de dos asientos y 2.884 de más de dos. El departamento del Sena figura por sí solo con 2.449 motocicletas y 1.436 automóviles.

CONTRE LA CUIDA DE LOS CIBALLOS

La siguiente locución parece ser muy eficaz:

Tintura de quina, 1 parte; tintura de romero, idem; tintura de jaborandi, idem; aceite de ricino, 2 partes; ron, 10 partes. Mézclese.

LA POBLACION INGLESA EN 1900

Los periódicos ingleses publican un resumen de la estadística de población correspondiente al año último.

La cifra de nacimientos en Inglaterra y el país de Gales ha sido de 928.646, ó sea una proporción de 29,3 por cada 1.000 habitantes.

gistraron 581.799 defunciones (un 18,3 por 1.000).

Se celebraron 261.334 matrimonios, lo que representa un promedio de 16,5 por cada 1.000 habitantes; contrajeron segundas nupcias 33.33 viudos.

Hace notar la estadística que los matrimonios de viudos y viudas son cada año más raros. Las viudas, sobre todo, tienen difícil salida en la Gran Bretaña; durante el año, 1900 sólo se casaron 150!

La población total de Inglaterra y del país de Gales era á fines de dicho año de 32.091.907, habiendo aumentado en tres millones desde el censo de 1890.

Londres cuenta por sí solo 4.589.129 habitantes.

El que sufre de los callos y desca ya morir no conoce el calicidia del doctor LADIVONSIM.

expóngaselo sobre la abertura de un frasco con amoníaco. Si es vino puro, se formará una mancha verde rodeada de blanco; si es vino coloreado artificialmente, el círculo exterior es rosado ó violáceo.

SIN PIES NI CABEZA

(CRYPTOGRAFIA)

o	ublique	t	ictori
u	entr	e	orazó
e	biert	n	epultur
ar	enterra	st	mo

A los anteriores fragmentos les falta para convertirse en palabras la primera letra, la última ó las dos á la vez. Coloque el lector estas letras para que se pueda leer entonces con todas ellas un cantar.

NOVEJARQUE

Las soluciones en el próximo número.

SOLUCIONES

á los pasatiempos del número anterior
Triángulo silábico. —

PEN	SIL	VA	NI	A
SIL	VE	RI	O	
VA	RI	O		
NI	O			
A				

Jeroglífico. — Un matrimonio fundado en el interés siempre es peligroso.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

J. A. — Tarragona. — Su poesía está muy bien pero no son á propósito las circunstancias para su inserción.

A. M. V. — Granada. — El artículo carece de interés.

V. de A. — Zaragoza. — Muy reboten.
J. J. G. R. — Odiá. — Insertáramos las decimas; el *Mondongo* no conviene, porque el público huye de los asuntos espeluznantes.

E. P. — Madrid. — El soneto está hecho secundum artem, pero resulta oscuro. Irán los cantos.

V. J. R. — Valencia. — No sirven ni la charada ni el jeroglífico.

L. C. — Barcelona. — El artículo es impúblico, pero me ha llamado la atención que hasta la última letra de la segunda cuartilla, y teniendo cada cuartilla trece líneas de diez palabras no se encuentre punto final. Parece un trozo de *Fra Filippo Lippi*!

F. M. J. — La poesía contiene muchas incorrecciones y el final no me gusta.

C. — Logroño, no.

JEROGLIFICO



De los nacidos pertenecen al sexo masculino 473.172, y al femenino 155.471. Agrupando en la categoría de naturales 37.124.

Durante el citado período se re-

RECOMENDACIONES DE LOS TIPOGRAFICOS

Hé aquí un procedimiento fácil y seguro para ello: viértese sobre un pedazo de papel chupón una gota del caldo que hay que examinar;

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA * INSERTARSE Ó NO, NO SE DEVALVE NINGUN ORIGINAL
ESTABLECIMIENTO TIPOLOGRÁFICO EDITORIAL «LA ISÉRICA», PLAZA DE TETUÁN, 30.—BARCELONA

